

Discurso de aceptación

18 de junio de 2026

Nancy Lynn Cartwright, galardonada en la categoría de Humanidades (XVIII edición)

Quiero agradecer este maravilloso honor a la Fundación BBVA, al jurado que me eligió y a quienes me nominaron. También doy las gracias a mi familia y a todos los profesores, mentores, alumnos, amigos y compañeros que han apoyado mi trayectoria profesional y me han enseñado a hacerlo mejor. Y quiero dar las gracias a los extraordinarios equipos interdisciplinares con los que he trabajado.

Vayamos al trabajo en sí.

Comencé mi trayectoria en el ámbito de la filosofía de la física en Stanford, donde me integré en una comunidad internacional de gran talento que estudiaba la estructura y la interpretación de las leyes físicas: ¿cómo debían interpretarse las ecuaciones abstractas de la teoría cuántica y la relatividad general y cómo podíamos lograr que fueran coherentes? Me apasionaba la física, pero no por sus elegantes teorías, sino porque puede ayudar a cambiar el mundo. Por ejemplo, la mecánica cuántica fue fundamental para el desarrollo de los láseres que se utilizan en cirugía ocular y de los superconductores que se emplean en la resonancia magnética.

La teoría habitual en aquel entonces —y que sigue teniendo peso— era que las leyes describen lo que realmente ocurre en todas partes. Así, los modos de comportamiento de láseres y resonancias magnéticas no son más que ejemplos detallados de estas leyes. Sin embargo, para mí esta explicación no encajaba con la manera en que utilizamos las leyes para crear prototipos de dispositivos eficaces en la práctica. En su formulación como afirmaciones universales, las leyes no dan en el clavo: se ajustan, se corrigen, se complementan, se ignoran y se contradicen; a veces son fundamentales, otras veces no. Las leyes de alto nivel no dan lugar a prototipos eficaces. Para hacer que las cosas funcionen en el mundo, *utilizamos* leyes. Las utilizamos de muchas maneras diferentes, combinadas con muchas formas distintas de

conocimiento, para producir diagramas con los que crear láseres o máquinas de resonancia magnética que funcionen en la práctica.

De ahí el argumento de mi primer libro: *Cómo nos mienten las leyes de la física*. No era una crítica de las leyes, sino un llamamiento a comprender de forma más realista cómo funcionan en la práctica. Si queremos dar con mejores formas de utilizar la física para cambiar el mundo, debemos entender *cómo se aplica* cuando acierta, pero también cuando falla.

Es una idea que va más allá de la física. Durante mucho tiempo, los estudios sobre la ciencia se centraron en la teoría y el experimento. Creo que parte de la importancia de mi trabajo fue contribuir a impulsar un enfoque diferente que, desde entonces, ha cobrado gran peso: el estudio de la ciencia no como un ideal abstracto, sino tal y como se practica.

Otro hito importante al inicio de mi trayectoria fue la revalidación de la causalidad. En aquella época, la filosofía —y gran parte de la ciencia— estaba dominada por el positivismo y el conductismo. Ambos consideraban que hablar de causalidad era algo vacío, incluso pernicioso. Algunos filósofos expresamos nuestra oposición: el conocimiento causal es esencial para elaborar estrategias eficaces, planificar políticas y predecir. Comprender qué puede causar qué cosas y qué no puede causarlas, y cómo llegamos a saberlo, es imprescindible.

Los positivistas sostenían que la causalidad era un concepto demasiado impreciso para la ciencia, ya que carecía de criterios sólidos para su aplicación. Aquello me llevó a emprender un proyecto a largo plazo al objeto de definir procedimientos defendibles para medir causas: procedimientos que pudiera demostrarse que arrojan un dictamen fiable —sí o no— sobre afirmaciones del tipo “X causa Y en estas circunstancias”, del mismo modo que un termómetro puede determinar si la temperatura corporal es de 36 grados. Es el proyecto que mis colegas defensores de la nueva causalidad y yo nos propusimos llevar a cabo. Creo que ya hemos demostrado, a través de muy diversos métodos en las ciencias sociales, médicas y naturales, que si se cumplen las condiciones y se siguen los procedimientos, se obtienen resultados fiables.

Un último ámbito en el que espero que mi trabajo haya sido de utilidad es el de las políticas basadas en pruebas empíricas. Creo que las humanidades tienen un valor intrínseco, pero también que pueden, y deben, ser útiles en la práctica; sobre todo, la filosofía. Los filósofos llevan siglos estudiando las pruebas empíricas y la objetividad, formulando los distintos matices de interpretaciones que difieren de las de los investigadores que estudian la silicosis del minero o los métodos estadísticos de corrección del sesgo. Pero las ideas filosóficas no pueden trasladarse a la práctica sin más. El progreso se produce cuando la filosofía colabora con otros campos de especialización, incluidos el conocimiento científico y el conocimiento empírico local, para determinar qué es lo que la objetividad exige en cada caso concreto o qué se considera una buena prueba de que una política va a funcionar.

Es lo que he intentado hacer, junto con otros equipos. En conjunto, los equipos en los que he trabajado han contribuido a numerosos ámbitos prácticos de las políticas basadas en pruebas empíricas: educación, protección infantil, economía del desarrollo, medicina y salud pública, y criminología.

Por último, me gustaría hacer un llamamiento a la interdisciplinariedad. En la ciencia y en la filosofía, nada funciona de verdad por sí solo. Los logros fiables —ya sea una nueva ley, un dispositivo, un concepto o un método— dependen de la combinación de muchas formas diferentes de conocimiento y metodología. Hace falta la colaboración de muchos para construir un láser que funcione, llevar a buen puerto una intervención médica o formular una política social fiable.